

LO QUE NO SE RECUERDA

PARA volver a ser dichosos, era solamente preciso el puro acierto de recordar. Buscábamos dentro del corazón nuestro recuerdo. Quizá no tiene historia la alegría. Mirádonos adentro, callábamos los dos. Tus ojos eran como un rebaño quieto que agrupa su temblor bajo la sombra del álamo... El silencio pudo más que el esfuerzo. Atardecía para siempre en el cielo. No pudimos volver a recordarlo. La brisa era en el mar un niño ciego.

(De Rimas.)

y 3

VIVIR PARA VER

TODO era alegre en el claro resplandor de la mañana, y al mirarte sentí el llanto borrándome la mirada.

Llorar y ver son virtudes que un mismo sentido enlaza como acompaña en la nieve el silencio a la pisada.

Todo era alegre y sentía, con la visión, la distancia; le di descanso a mis ojos: ¡de sólo mirar lloraban!

(De Rimas.)

LUIS ROSALES



Voces y expresiones viciosas

La Preposición *a*.

S

ORPRENDÍANSE unos buenos amigos míos de que debiera decirse:

«Los Reyes de Jordania

visitan a Toledo». Esto es, que hubiese que poner la preposición *a* delante del nombre de la ciudad visitada por tan egregias personas. No me llamó a mí la atención tal extrañeza porque dicha construcción gramatical, si bien es la correcta sin duda alguna, como probaremos más adelante, apenas se ve o se oye en nuestros días. Las corrupciones se generalizan de tal modo que se convierten en verdaderas leyes, o al menos decretos del lenguaje, pues acaban imponiéndose a todo el mundo con el mismo aparato y propiedad de las cosas legítimas. A los puristas les desagradan estos orígenes espurios, pero ¿qué remedio cabe, sino someterse a la voluntad colectiva? La fuerza del número raras veces claudica ante los dictados de la razón, quizá porque los que nos llamamos seres racionales, no siempre lo somos.

Recordemos a quienes lo hubieran olvidado, que la preposición, mal considerada parte de la oración y que por sí sola nada significa, sirve para denotar la relación que existe entre dos palabras. Contribuye, pues, tal partícula a señalar el sentido en que se emplea cada voz, si ésta tiene más de una acepción. No es lo mismo decir «protestar de» que «protestar contra»; porque las protestas pueden ser de fidelidad, de inocencia, de justicia o *contra* tal o cual actitud, comportamiento, etc. «Contar con José» para esto o aquello, que «contar a José» tal o cual cosa. «Acordarse con un amigo» para hacer lo que sea, que «acordarse de un amigo», traerle a la memoria, nombrarle, etc.

Constriniéndonos a la preposición *a* digamos que es la *ad*, apocopada, del latín. Los servicios que presta al lenguaje son diferentes según corresponda a la mentada partícula latina de acusativo o a la *a* de ablativo. Bastará reavivar en la memoria la multitud de frases adviviales y castizos modismos de nuestra lengua para que nos demos cuenta de la importancia que tiene esta preposición.

Delante de los nombres propios de nación, ciudad o persona, de

be colocarse la partícula objeto del presente palique. Así venimos obligados a decir y escribir: Dejé a Italia, visité a Londres, como decimos y escribimos: Superé a Juan, he visto a Pedro. Sin embargo, como ya advirtió D. Vicente Salvá no podemos servirnos de la preposición *a* para la localidad en todos los casos. Escribir, *verbi gratia*, «Estoi a Roma», sería una expresión gálica, a todas luces reprobable (1).

Contra el vicio hoy tan extendido de suprimir la preposición *a* delante de los nombres propios de reinos o de ciudades—lícito es hacerlo cuando el nombre lleva de suyo artículo—(2) revolvióse don Rufino José Cuervo en su obra no acabada: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (3), y en la *Gramática* de la Real Academia Española, (Madrid, 1931) al señalarle como solecismo usual la supresión de la partícula *a* en el ejemplo: «Tengo el propósito de visitar París y ver Londres», afirmóse que tal frase reclama imperiosamente el uso de la preposición *a* delante de los complementos *París* y *Londres* (4).

Cada día se escribe peor. Nadie se atreve a emprender un oficio sin saberlo bien antes. Pero el de escritor está relevado por lo visto, de las incomodidades de la enseñanza. Basta que *cualesquiera* —¡esa es otra!— se proponga serlo para que, por lo derecho o lo torcido, lo sea. ¡Y qué bien nos va con tanto desparpajo! Las *elucubraciones*, y los *desapercibidos*, y los *provinientes*, y las *revanchas*, y los *álgidos*, y los *inconsútiles* (5) pueblan las páginas de libros y periódicos como los insectos de las terribles plagas de que nos hablan los Libros Sagrados, invadían la tierra de Egipto. Y así veremos suprimida la preposición *de* en Radio Andorra, Teatro Calderón y Paseo Cánovas, cuando lo correcto sería decir y escribir: Radio de Andorra, Teatro de Calderón y Paseo de Cánovas, pues no decimos «Iglesia San Juan», ni «Círculo Artesanos», ni «Ayuntamiento Cáceres». Y se le pone una *s*, del todo innecesaria, a la segunda persona del singular del pretérito indefinido —*amastes*, *hicistes*, *reistes*— que incluso como licencia poética revela el poco empuje de quien tiene que ceder a tales exigencias; y con una *s* solamente se forma el plural de los sustantivos *frac* y *álbum*, cuando debe decirse *fracques* y *álbumes*, si queremos estar a bien con el idioma.

¡Tiempo perdido! Las protestas de los lingüistas poca o ninguna mella hacen en la incontinencia de cuantos, a troche y moche, borrajean cuartillas para la letra de molde.

Confirmemos, por último, con varios ejemplos, la doctrina anteriormente expuesta.

«...y me embarqué en una nave... en la cual iban algunos caba-

(1) *Gramática de la lengua castellana* (París, 1835).

(2) *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, por el P. Juan Mir, (Madrid, 1908). Tº I, pág. 2.

(3) París, 1886, Tº I, pág. 12.

(4) Pág. 441.

(5) Véanse, de *Alcántara*, los números 28, 23, 40, 84-85-86, 45 y 66-67-68.

lleros ingleses, que habían venido, llevados de su curiosidad, a ver a España» Cervantes: (*Los trabajos de Persiles y Segismunda*).

«Dicen las gentes que los moriscos del país se preparaban para tomar a Sevilla de improviso». . (*Cartas de Santa Teresa*).

«Marchamos... en virtud de una orden... para que volviésemos muy aprisa a socorrer a Brabante». (*La vida de Estebanillo González*).

«Adiós te queda, que parto—a ver a Calatayud». *Ibidem*.

«...fruto mezquino de una guerra afortunada en que estuvimos a pique de recobrar a Gibraltar. «Menéndez y Pelayo: (*Historia de los heterodoxos españoles*, tº VI).

«El moro está contemplando a Valencia y suelta baladronadas»... Dámaso Alonso: (*Ensayos sobre la poesía española*).

«Sancho de Leyva se quejaba de que se perdió mes y medio en socorrer a Malta por no haber seguido su consejo. Antonio Marchalar: (*Julián Romero*).

«En este año Rolf invadió a Normandía con su ejército»... Pedro de Olazabal (Trad. de *Los primitivos Reyes de Noruega*, por Tomás Carlyle).

«Por fin hubo de prometer el ilustre visitante que no abandonaría a Hipona». P. Andrés Centeno (Trad. de *De la gracia de Jesucristo y del pecado original*, de San Agustín).

«...pues en seguida vencieron y destruyeron a Troya a sangre y fuego»... José Cayetano Díaz de Beyral (Trad. de *La ciudad de Dios*, de San Agustín).

«¿No veis que estos miserables están quemando a Oviedo a la desesperada?» Dolores Medio: (*Nosotros los Rivero*).

Tiene la preposición
importancia singular.

No es lo mismo decir *por*
que *sobre*, *con*, *desde* o *tras*.

Si estimáis, pues, la lección

que sin hiel aquí se os da,

evitaréis el dolor

de decir las cosas mal.

UN APRENDIZ DE HABLISTA